19 mayo 1967

Ayer falleció el doctor Jiménez Díaz

¡Adiós, don Carlos!

- El eminente médico contaba 69 años de edad
- Sufrió un infarto de miocardio

DON Carlos Jiménez Díaz, ilustre médico y conocido investigador español, falleció ayer en la clínica de la Concepción a las tres y media de la tarde, como consecuencia de un infarto de miocardio. Don Carlos era hombre querido y conocido en todo el mundo y su muerte deja entre nosotros un vacío irrellenable. A las numerosas manifestaciones de duelo procedentes de todas partes del país y del extranjero, queremos unir nuestra sincera expresión de dolor por tan sensible pérdida y dar con sencillas palabras un último adiós emocionado a quien fué honra y gloria de la medicina española.

EL eminente médico, catedrático de medicina interna de la Universidad de Madrid, había sufrido ya en febrero de 1962 una insuficiencia coronaria de la que había logrado reponerse, pero no ha podido superar este nuevo ataque al corazón que se le presentó, de repente, en la mañana de ayer. El doctor Jiménez Díaz contaba sesenta y nueve años de edad y, en la actualidad, era presidente de la fundación que lleva su nombre y de la Sociedad de los Amigos de la Universidad de Navarra.

● VOCACION

El padre de don Carlos Jiménez Díaz era un modesto comerciante que trabajó mucho para poder dar estudios a sus cuatro hijos. Querían que don Carlos fuese ingeniero, pero a él le gustó siempre la biología. Su vocación médica superó la voluntad de su padre y así estudió la carrera de medicina en el viejo San Carlos, para después ampliarla en Berlín, obteniendo la licenciatura en 1919, año en el que fué nombrado profesor clínico de la Cátedra de Patología de la Universidad de Madrid. En 1923 ganó la Cátedra de Patología de la Universidad de Sevilla y, en el 26, consiguió por oposición la misma cátedra en la Universidad de Madrid.

En 1943 ganó las oposiciones a profesor del Hospital Provincial, y en diciembre del mismo año fué nombrado profesor «honoris causa» de la Universidad de Lima. En 1955 fué nombrado doctor «honoris causa» de la Universidad de Oporto.

PREMIOS

El doctor Jiménez Díaz fué hombre de ideas muy brillantes y siempre fué un hombre sacrificado por la medicina, para la que siempre buscó el progreso; y así fundó el Instituto de Investigaciones Médicas y Biológicas que ha conseguido gran prestigio internacional en sus treinta años de vida. En 1960 ganó el premio de la Fundación Juan March, cuyo importe destinó íntegramente al instituto.

El ilustre médico era miembro de la Academia de Medicina de Nueva York y pertenecía a varias sociedades extranjeras de medicina interna. Era miembro de la Real Española de Medicina y miembro de honor de varias academias provinciales, como de la de Zaragoza, Sevilla, Valencia, La Coruña y Granada.

Entre sus muchos nombramientos ostentó la presidencia de la Sociedad Internacional de Medicina Interna y la de la Sociedad Internacional de Alergia.

Por su excepcional obra estaba en posesión de numerosas condecoraciones españolas y extranjeras.

La muerte del doctor Jiménez Díaz se produjo a las tres y media de la tarde a consecuencia de un infarto de miocardio. La crisis le sobrevino a la puerta de su despacho en la clínica de la Concepción. Al caer al suelo fué recogido por su ayuda de cámara, don Jesús López, que avisó inmediatamente a los médicos. Fué instalado el enfermo en la habitación 170 de la clínica, donde varios especialistas en cardiología le prestaron los primeros auxilios. Entre éstos le fué practicado un masaje superficial de corazón, pero todos los esfuerzos por salvar su vida resultaron inútiles.

◆ Le practicaron masaje al corazón

Al difundirse la noticia de su fallecimiento —que PUEBLO publicó en una edición especial a las 4,30 de la tarde— fueron numerosas las personas que acudieron a la clínica de la Concepción para testimoniar su pésame a la viuda.

Minutos más tarde de conocerse la noticia de la muerte del ilustre médico hicieron acto de presencia el capitán general Muñoz Grandes y el ministro de Educación y Ciencia, don Manuel Lora Tamayo. A lo largo de la tarde fueron llegando diversos ministros del Gobierno. También numerosas personalidades de la política, la ciencia y la vida social, amén de muchísimas personas del pueblo llano se presentaron a lo largo de la tarde de ayer y la mañana de hoy para dar el pésame a la familia y ofrecer un último homenaje a la memoria del ilustre científico.

Durante toda la tarde y noche permanecieron junto al cadáver del doctor Jiménez Díaz su esposa y varios sobrinos y algunos de sus más íntimos colaboradores.

Al atardecer, varios especialistas sacaron una mascarilla del ilustre médico fallecido. Poco después, en la capilla de la clínica de la Concepción, fué oficiada una misa en sufragio del alma del profesor. El entierro se celebrará esta tarde a las cinco y media, partiendo la comitiva de la clínica de la Concepción. Los restos mortales de don Carlos Jiménez Díaz se enterrarán en el cementerio de la Almudena.

Se da la circunstancia que la esposa del ilustre catedrático recién fallecido se hallaba en una habitación próxima a la que fué atendido su marido, convaleciente de una intervención quirúrgica que le fué practicada hace unos días.

MUERTO DE AMOR

Un artículo de Marino Gómez-Santos

SE muere, casi siempre, de aquello para lo que se ha vivido. Ayer, don Carlos murió del corazón. Tenía el suyo vibrante por su mujer, por sus enfermos, por sus colaboradores, por sus amigos. En los últimos años, después del grave accidente de automóvil que había sufrido, vivía hipersensibilizado. Al mismo tiempo, una gran alegría invadía su alma. Siguió el dulce proceso de la primavera en las calles de Madrid, en el campo de su finca de La Cabrera y en los hombres jóvenes que le rodeaban. Algo parecía que había brotado también en él con más fuerza. Era como un fuerte deseo de aprisionar la vida entre sus manos y oír el latido del tiempo.

Hace un mes abrió su casa para que entraran en ella las cámaras de Televisión Española. Arturo Ruiz Castillo dirigía la película de su vida. Los focos de cine iluminaron su intimidad estudiosa, en una larga jornada.

Excepcionalmente, nos llevó a su café, con carteles de toros en las paredes, espejos de desvaído azogue y las mesas del café de Pombo, con sus divanes de peluche color cereza. El mismo retiró la funda que cubría la mesa de billar y comenzamos a hacer unas carambolas. Después se acercó al organillo e hizo sonar los primeros compases de «Agua, azucarillos y aguardiente», mientras las cámaras tomaban un primer plano en el que podía leerse: «Café de la Paz». Y en letras hechas con pincel grueso: «Especialidad en bodas y bautizos».

Don Carlos era un madrileño inquebrantable. A veces, con sus amigos, le gustaba marcarse el acento, como un chotis. Era un ejercicio para que no se le olvidara. O un homenaje a su pueblo.

Hace unos días, Conchita, su mujer —«nos hemos conocido cuando ella llevaba trencitas»— traspasó los umbrales del quirófano. Don Carlos enmudeció. Iba de un lado para otro, fumando en silencio, con la cojera más acentuada quizás y apoyado otra vez en el bastón. Madrid, entre tanto, marchaba a los toros; pero su barrera permanecía vacía.

Ayer estaba también en su sitio, en su clínica. Le rodeaban sus colaboradores y él estaba cerca de su mujer y de sus enfermos, muy preocupado por la salud de Conchita, cuando cayó al suelo fulminado por el dolor.

El sol del mediodía entraba por los amplios ventanales de la clínica. Su corazón se apagaba de prisa, mientras estallaban aún en el aire los cohetes de las fiestas de su pueblo y giraban solitarios los caballitos del tiovivo.

Sonriente, con esa sonrisa dulce del último momento, don Carlos ha muerto ayer en Madrid. Su voz, grabada en cinta magnetofónica, nos habla ahora: «Creo haber disfrutado al máximo de la vida. Y no sólo haber disfrutado, sino seguir disfrutando con alegría y con ilusión».

Las personalidades que llegaban a la clínica, con el dolor de la triste noticia en el semblante, preguntaban:

—¿De qué ha muerto?

—El corazón, esta mañana...

Sí; el corazón. Eso es lo que dicen los médicos. Pero sólo los poetas, los colaboradores más íntimos, los amigos más cercanos, saben la verdad: don Carlos ha muerto de amor.